

LA ILUSTRACIÓN POPULAR

REVISTA DECENAL

Año I.

Madrid, 10 de junio de 1897.

Núm. 7.º



SUMARIO

GRABADO
Retrato de Andrea Costa.

TEXTO
Andrea Costa.

Crónica, por Lázaro Virto.

Los expropiadores de hoy, por P. Iglesias.

Método para estudiar el problema social
(conclusión), por G. Renard.

¡A otra puerta!, por Alvaro Ortiz.

El colectivismo, por Emilio Vandervelde.

Croquis, por Manuel Híjar Gil.

Cuentecito, por A. O.

Notas bibliográficas.

Entretencimientos.

Correspondencia.

Anuncios.



Andrea Costa.

Costa, esforzado campeón del Partido Socialista italiano, fué en un tiempo anarquista decidido.

Merecedor de la confianza de sus actuales correligionarios, ha representado á éstos varias veces en la Cámara legislativa.

Su vehemente palabra y su diestra pluma han prestado grandes servicios á la causa de los trabajadores, que tantos ilustres adalides tiene en el país italiano, donde las grandes figuras de Amicis, Ferri, Labriola y muchos otros hombres notables en ciencias y letras entran en el número de los más resueltos defensores del socialismo revolucionario.

Costa fué uno de los miembros que compusieron el memorable Congreso socialista internacional celebrado en París el año 1891.

El que aspire á ser hombre entre los hombres ha de aspirar también á la vida racional; el que se contente con ser parásito vegetativo ó sensitivo del organismo total humano, puede prescindir muy bien de toda aspiración filosófica: no le faltará conciencia de las cosas; y por más que no alcance conciencia de su conciencia misma, no lo echará de menos. — M. N.

CRÓNICA

Pasan cosas muy raras en el revuelto río de la política. Cuando todos los augurios eran favorables á la subida del señor Sagasta al poder; cuando ya los fusionistas que se hallan en expectación de destino se preparaban á ponerse bien de ropa con el fin de presentarse decorosamente á tomar posesión de cargos, nos vemos sorprendidos por el noticia de que el señor Cánovas seguirá gobernando, sin variar de personal, como si aquí no hubiera pasado nada.

Esto ha sido una crueldad sin ejemplo para esos pobres cesantes del partido liberal, á quienes se les ha dejado *in albis* después de haberles hecho concebir esperanzas de que satisfarían pronto sus veteranos apetitos.

Hay quien cree que aquí va á pasar algo gordo. No lo dudo.

En un país en que pasan como ministros el duque de Tetuán y Castellano, toda atrocidad tiene terreno abonado.

* *

Según el obispo de Cartagena, «gravemente peca el católico que profesa teorías liberales».

Es verdad.

Y yo — oficiando de obispo laico — invierto la oración y digo:

Gravemente peca el liberal que profesa teorías católicas.

* *

¡Vaya! Ya está hecha la fusión republicana. Se ha hecho en un periquete, sin contratiempos, con la mayor lisura.

La fusión republicana hará á pluma y á pelo, es decir, hará uso del procedimiento legal y del procedimiento revolucionario.

Cuando triunfe la República decidirá el voto nacional si aquella ha de ser federal ó unitaria.

Témome que cuando llegue ese caso — que ya habrá llovido para entonces — no se decida el voto nacional ni por la una ni por la otra.

* *

La Voz Cantabra, de Santander, dice que aun quedan entre los federales personalidades relevantes.

Hace á continuación una lista de esas personalidades, y en ella coloca el nombre de Bo y Singla.

Está bien; pero ¿dónde me deja usted al Cojo de las Peñuelas?

* *

Iba hace pocos días el cardenal-arzobispo de Valencia repartiendo medallas á los chicos de la población que se acercaban á su carruaje, y uno de éstos, de siete años de edad — sin que la Providencia se apiadase de él por ninguna consideración —, tuvo la desgracia de que le cogiese una rueda del

vehículo, produciéndole una lesión que le fué curada en la Casa de Socorro.

Se comprende que la Providencia quiso castigar en pie ajeno la falta de humildad del padre Sancha.

Quien debia saber que esos repartos se hacen mejor y más modestamente *pedibus andando*.

* *

— ¿Ha visitado usted la Exposición de Bellas Artes?

— No, y lo siento. Dicen que hay cuadros *tendenciosos*.

— Efectivamente, hay algunos, y hay otros que, aunque serios, *tienden* también... á hacer reir.

LÁZARO VIRTO.

LOS EXPROPIADORES DE HOY

La mayoría de los pequeños burgueses de nuestro país, poco enterados del acelerado paso que lleva el progreso industrial, tiene el mismo ó mayor coraje al socialismo revolucionario que los grandes burgueses ó capitalistas.

Se han enterado de que el socialismo aspira á expropiar política y económicamente á la clase burguesa, y temen verse expropiados, cuando aquél triunfe, los unos de sus talleres, los otros de sus tiendas y los otros de las tierras de que son dueños.

Aparte de que si el socialismo los expropiara no los dejaría en peor situación que están hoy, porque entonces, con un trabajo menor del que ahora realizan, dispondrían de más recursos para atender á sus necesidades y las de sus familias, esos burgueses parten de un supuesto equivocado al abrigar semejantes temores.

No es el socialismo, no es la clase trabajadora victoriosa y dueña del Poder político, la que ha de expropiar á la mayor parte de los pequeños burgueses.

Si bien el triunfo del socialismo no está lejano — y para decir esto nos atenemos por una parte á la constante pérdida de fuerzas que experimenta la clase dominante, y por otra á la concentración de los elementos obreros y al notable grado de conciencia y de unidad que van adquiriendo —, menos lejana está aún la desaparición de la pequeña burguesía.

Dado, pues, este caso, los que han de matarla, los que han de acabar con ella, no son los que abogan y pelean por la socialización de los instrumentos de trabajo, primeras materias y medios de cambio, sino sus propios colegas, aunque de categoría superior, aquellos que defienden á todo trance la existencia de la propiedad privada.

Los que echarán á pique á los pequeños talleres de cerrajería serán los propietarios de los altos hornos y de otros grandes establecimientos metalúrgicos.

Los que harán desaparecer los pequeños talleres de carpintería serán las fábricas de aserrar madera, cepillarla, tornearla y hacer en ella cuantas operaciones son necesarias para aplicarla á los distintos usos de la vida.

Los que arruinarán á los pequeños impresores serán los establecimientos tipográficos que cuentan con toda clase de máquinas, excelentes motores, talleres de estereotipia, etc., etc.

Los que matarán las pequeñas zapaterías serán las fábricas de calzado.

Los que concluirán con los pequeños comercios y con las modestas tiendas de ropa serán los bazares y los grandes almacenes.

Los que harán perder su propiedad á los que poseen poco más de un pedazo de tierra serán los que disponen de buenos abonos y semillas abundantes y de arados, trilladoras y segadoras mecánicas.

En una palabra, los que desposeerán de sus propiedades á los pequeños burgueses serán las poderosas Compañías ó los grandes capitalistas, ayudados por la usura y el Fisco.

Y claro está que al hacer eso la grande burguesía con los pequeños propietarios, al expropiarlos económicamente, no sólo les quitará la influencia política que antes tenían, sino, lo que es peor, los hará descender á la categoría de asalariados y sufrir cuanto sufren los que pertenecen á esta clase.

No es, por consiguiente, el socialismo revolucionario á quien los pequeños burgueses deben mirar con malos ojos y combatir, sino á los expropiadores de hoy, que son los que han de arrebatárles la propiedad que actualmente disfrutan.

Su odio al socialismo deben trocarle en simpatía, pues á más de estar en él su salvación, irremisiblemente tendrán que venir á sus filas para, en unión de todos los asalariados, expropiar mañana en beneficio de la sociedad entera á los que hoy, sin producir, absorben la riqueza social en beneficio exclusivo de ellos.

P. IGLESIAS.

MÉTODO

PARA ESTUDIAR EL PROBLEMA SOCIAL (1)

(Conclusión.)

IV

Supongamos hecha esta ciencia con todas las precauciones posibles, y aun asentada sobre bases incommovibles, de modo que el porvenir pueda continuar el edificio inacabado sin verse en la precisión de demolerlo: ¿hemos terminado acaso por esto el estudio de la cuestión social? Ya sabéis que

(1) Trabajo presentado en el *Colegio libre de ciencias sociales* de París por el profesor de la Universidad de Lausanne M. Georges Renard.

no. Fáltanos estudiar los caminos y medios de realizar el ideal; cuidar la transición de hoy á mañana; hacer surgir lo más suavemente que se pueda la sociedad futura del seno de la sociedad actual, donde existe en estado embrionario; falta, para bien de la madre como del hijo, reducir al mínimo los dolores del parto.

Esto indica que, sobre todos los puntos, necesitamos una serie de proyectos para transformar por grados y con orden lo que es en lo que debe ser. Aquí es doble la tarea que hay que realizar: impónese una nueva división del trabajo.

De una parte, incumbe á los hombres de ciencia, á los teóricos, el indicar, para cada parte del problema, las medidas preparatorias, las reformas progresivas que pueden encaminar hacia el lejano ideal; á ellos incumbe trazar un itinerario donde se marquen las etapas normales del camino que ha de recorrerse, vasto campo donde el espíritu práctico tiene ampliamente en qué ejercitarse, donde la especulación pura es corregida á cada paso por el cuidado de la realidad viviente, donde la consideración de lo justo y de lo útil deben combinarse armoniosamente. Es el dominio de la ciencia aplicada.

De otra parte, á los hombres de acción corresponde elegir, entre los medios propuestos, los que sean mejores, más seguros, más apropiados á las necesidades de la actualidad, ponerlos al orden del día, imponerlos á la atención distraída del público, hacerlos comprender, aprobar, triunfar en fin. Es el dominio de la política. La política, señores, tiene bastante mala reputación, y no he de negar que con frecuencia no la merezca, porque degenera fácilmente en una lucha desenfadada de fuerzas brutales, en una mezcla de ambiciones y de intereses egoísticos, en un barullo incoherente de expedientes y de intrigas, en un disfraz en que bajo el velo de las palabras se ocultan apetitos vulgares dispuestos á las más desoladoras palinodias. Pero ¿sabéis cuándo pierde toda su nobleza y majestad, y gracias que al mismo tiempo no pierda toda honradez y limpieza? Precisamente cuando no tiene principios directores, ni estrella que la guíe, ni ideal. Retrotraerla á los principios es rehabilitarla, realzarla, purificarla, llevando á ella la moral; es recordarle su verdadera misión, que es la de ser ejecutora de un programa científicamente elaborado, organizadora de la justicia y de la prosperidad sociales; en una palabra, la realizadora del ideal. Concebido de este modo, el papel de los hombres de acción vale tanto como el de los hombres de pensamiento, cuyo complemento natural es, siendo á la vez más fértil en éxitos ruidosos y más sujeto á peligrosos naufragios, pero igualmente útil, difícil y estimable.

No soy profeta, y ciertamente no os prometeré que los proyectos de la ciencia aplicada, aun estando madurados con sabiduría perfecta, podrán eje-

cutarse con completa regularidad. Desde hace cien años, Francia se ha acostumbrado á proceder en su vida pública por saltos formidables y por retrocesos enormes; cada vez que ha dado diez pasos adelante, casi en seguida se ha apresurado á dar siete ú ocho hacia atrás; sucesivamente revolucionaria y rutinaria (consecuencia lo uno de lo otro), ha estado sin cesar solicitada por dos direcciones contrarias, y aunque, en suma, el conjunto de su evolución revele una tendencia persistente hacia la terminación del régimen democrático, podemos preguntarnos si su paso enfrenado podrá acomodarse á una marcha sosegada, tranquila y constante. Una parte del pueblo parece llevar en la sangre la costumbre de los movimientos bruscos y de los saltos en lo desconocido; otra parte, la que se llama aún clase directriz, tiene, quizá con mayor intensidad, miedo á lo desconocido, y espíritu de resistencia obstinado contra las transformaciones que el tiempo hace inevitables. Este doble estado de ánimo parece poco propicio á las reformas lentamente preparadas y ejecutadas con resolución. ¿Hay en nosotros temperamento incorregible ó nerviosidad pasajera ocasionada por frecuentes sacudidas? No lo sé, y nadie puede decirlo; pero lo que sé perfectamente es que el progreso razonado, metódico, continuo, es cosa deseable, que también forma parte del ideal social, y que la ciencia, aun sin estar cierta de llegar á tiempo con soluciones completas, tiene por objeto hacerlo posible. Cualquiera que sea el resultado de la tentativa, es una obra que debe intentarse, y ojalá que el esfuerzo de las inteligencias y de las buenas voluntades consiga economizar sangre, sufrimientos y destrozos.

Heme al término de mi tiempo y de mi objeto; no he de hacer más que concluir. No he olvidado, señores, que hablo en un colegio, es decir, en un sitio adonde hay que llevar, no las pasiones y enconos de los partidos, sino la imparcialidad serena que reclama la libre investigación de la verdad. Quizá hayáis observado que durante el curso de mi peroración apenas he pronunciado la palabra socialismo; y no porque haya temido asustar vuestros oídos, que la oirán algunas veces, ni tampoco porque tema encontrar oposición alguna entre socialismo y ciencia social. Por el contrario, los considero como inseparables, y jamás he hablado del uno sin pensar en la otra. En primer lugar, porque opino que el socialismo será triplemente científico, es decir, conforme á la evolución histórica, conforme á la justicia, conforme al interés general, ó no será; luego, porque abrigo la convicción de que el socialismo, tal como existe hoy, detenido en sus grandes líneas, colindante necesario de la democracia, no pierde nada al pasar por el cedazo de la sociología positiva, de la razón y de la experiencia. Indudablemente, se le podrá precisar, desarrollar, aun rectificar en puntos de detalle; mas no se con-

moverán los fundamentos sólidos y múltiples en que descansa.

Mas, cualesquiera que sean á este propósito vuestras opiniones y la mía, he querido aquí hacer ciencia, establecer algunas verdades que pudiesen ser aceptadas por todo el mundo. He tratado, en la medida de mis fuerzas, de trazar lo que podéis considerar á vuestro antojo como el prefacio de un libro de doctrina ó como un plan integral de enseñanza social, dividido en tres secciones solidarias y distintas. He tratado de reunir en una síntesis fecunda y de colocar en un orden lógico tres grupos de investigaciones que erróneamente se separan ó confunden con frecuencia. Cada uno de estos tres grupos corresponde, observadlo, al giro que toma el espíritu dominante en cada una de las tres naciones que van á la cabeza del pensamiento moderno. En efecto, sin que se pueda atribuir á una ó á otra una preferencia exclusiva en el dominio que nos ocupa, Alemania ha practicado principalmente el método *histórico y realista*, Francia el método *racional é idealista*, Inglaterra el método *utilitario y práctico*. Emplear los tres, cada uno en su tiempo y lugar, me parece que es el verdadero medio de reunir sus ventajas sin temor á los inconvenientes.

No me atrevo á invitaros á todos (porque para muchos de los que me escuchan sería tardía y superflua esta invitación); pero invito principalmente á vosotros los estudiantes, los jóvenes, los hombres de mañana, á vosotros, que ciertamente veréis realizadas grandes transformaciones sociales, para que sin tardanza toméis vuestra parte en la elaboración colectiva de la triple ciencia cuya necesidad me he esforzado por demostrarlos, como también, no temo decirlo, su urgencia. Si, como creo, nos acercamos á una de esas épocas de crisis en que todo hombre está obligado á contribuir personalmente, en uno de esos momentos de borrasca en que todo pasajero debe ayudar á la maniobra del buque, no puedo hacer nada mejor, para terminar, que repetiros, modificándolas, ampliándolas, las grandes palabras que Nelson dirigía á los marinos de su flota: «Francia y la Humanidad esperan que cada uno de vosotros cumpla con su deber.»

JORGE RENARD.

¡A OTRA PUERTA!

*Estaba San Pedro un día
espantando los mosquitos
que acudían á su calva
con malévolos instintos,
cuando á la puerta del cielo
un alma pidió permiso
á fin de poder colarse
en el glorioso recinto.
San Pedro, malhumorado,*

asomó la jeta y dijo:

— Acaba pronto: ¿quién eres?

— El alma de un pobrecillo que durante su existencia trabajó como un borrico.

— ¿Tanto trabajaste?

— Mucho.

— Y al fin ¿qué sacaste en limpio?

-- Sinsabores á millares

y fatigas á porrillo.

— ¿Fuiste socialista?

— ¡Nunca!

¿Yo socialista...?

— ¡De hijo!

Creo que en tus condiciones cualquiera lo hubiese sido.

— Pues no hay tal; toda mi vida

fui un trabajador sumiso, y á los patronos que tuve no les falté en lo más mínimo.

Huí siempre de las huelgas,

nunca hablé mal de los ricos

y muy resignadamente

sufri todos mis martirios.

— ¿De manera que juzgabas

tu comportamiento digno?

— Sí, señor; eso creía

y aun eso creo.

— Pues, hijo,

es lamentable que tengas

que desandar el camino:

no es el cielo tu morada.

— ¿Conque no es el paraíso?

— ¡Qué ha de ser, alma de cántaro!

— ¿Cuál es entonces?

— ¡El limbo!

ALVARO ORTIZ.

EL COLECTIVISMO ⁽¹⁾

Me habéis pedido una exposición del colectivismo haciendo abstracción de toda crítica del régimen capitalista: es formular una conclusión sin hablar de los motivos que la justifican.

Con todo, acepto, porque los hechos, desventuradamente, hablan por sí, y, de otra parte, la enciclica *Rerum novarum* condena el régimen actual con tanta severidad como el *Manifiesto del Partido Comunista*.

Estamos, pues, de acuerdo sobre lo que no haremos. Queda por ver qué es lo que hay que hacer.

Pretendéis imponerme la descripción detallada y completa de todo el mecanismo de la sociedad colectivista. ¡Es casi, casi como si se exigiese á un cristiano la minuciosa exposición de las condiciones de existencia en la vida futura! Si yo consintiese en ponerme en ese terreno, me reprochariais

(1) Carta dirigida á *El Correo*, de Bruselas, por Emilio Vandervelde.

con razón de salir del dominio científico para hacer castillos en el aire.

No somos nosotros de esos arquitectos sociales que quieren de hoy á mañana reconstruir la sociedad con sujeción á un nuevo plan.

Lo que distingue precisamente el socialismo positivista del socialismo utópico es que aquél considera la sociedad, no como un mecanismo, sino como un todo orgánico sometido á las leyes de evolución. Y así como sería absurdo querer predecir el destino de un niño cuando comienza á formarse en el vientre de la madre, así sería presuntuoso é inocente querer describir «en sus más minuciosos detalles» las sociedades colectivistas del porvenir.

Todo lo que creemos poder afirmar, fundándonos en los antecedentes históricos y en las tendencias actuales, es que el régimen que tiende á sustituir al régimen capitalista se caracterizará por los hechos siguientes:

1.º Desde el punto de vista de la propiedad: apropiación colectiva de los medios de producción y de circulación (tierras, minas, fábricas, instrumentos de crédito, medios de transporte), siendo los medios de consumo propiedad personal.

2.º Desde el punto de vista de la producción: dirección de los negocios abandonados hoy en manos de capitalistas en competencia, por medio de administraciones públicas autónomas, bajo la inspección del Estado.

3.º Desde el punto de vista de la repartición: remuneración de los trabajadores, proporcionada, sea á sus necesidades, sea al valor de su trabajo. Respecto á este punto, nos explicaremos mejor en la tercera parte de nuestra exposición.

Por tanto, resumiendo, el *colectivismo integral* implica tres condiciones relativas á la propiedad, á la producción y á la repartición.

Realizaciones fragmentarias é incompletas de este estado de cosas se encuentran ya en la sociedad actual.

La apropiación colectiva existe desde ahora por lo que hace al Estado y al común.

La producción es socializada, como lo sería en un régimen colectivista, en cierto número de vastas empresas — nacionales é internacionales —, como la Sociedad Solvay para la fabricación de la soda, el Sindicato de los fabricantes de pinceles en Nuremberg y los *trusts* de los refinadores de azúcar y petróleo en los Estados Unidos.

Por último, las sociedades cooperativas de producción, ó al menos algunas de ellas, realizan aproximadamente nuestro ideal desde el punto de vista de la repartición de los productos.

Pero en ninguna parte se encuentran reunidas en la misma institución las tres enumeradas condiciones; las propiedades del Estado se explotan frecuentemente con el método capitalista; las industrias socializadas, desde el punto de vista técnico, pertenecen á particulares; las sociedades de pro-

ducción no tienen, generalmente, sino un pequeño patrimonio.

Únicamente, se nota bastante bien que cada paso adelante en el sentido de la apropiación colectiva, de la producción socializada, de la equitativa repartición, constituye una preparación hacia el colectivismo integral.

Ahora bien: es imposible negar que las actuales tendencias sociales — así como los principios de justicia por que son influidas — impulsan de un modo irresistible á la sociedad moderna en esa dirección.

Y esto es lo que examinaremos brevemente ahora desde el triple punto de vista de la apropiación, de la producción y de la repartición.

1.º — La apropiación.

El principio, ó, más bien, la consignación del hecho que sirve de base á la teoría colectiva se encuentra formulado del siguiente modo en la declaración de los principios del Partido Obrero belga:

«La riqueza, en general, y especialmente los medios de producción, son, ó agentes naturales, ó fruto del trabajo — manual y cerebral — de las generaciones anteriores cuanto de la generación actual; por consecuencia, deben considerarse como el patrimonio común de la Humanidad.

»El derecho al disfrute de este patrimonio, de los individuos ó de los grupos, no puede tener ningún otro fundamento que la utilidad social, y ningún otro fin que el asegurar á todo sér humano la mayor suma posible de libertad y de bienestar.»

Por tanto, según nuestro modo de pensar, el derecho de propiedad no tiene nada de absoluto: se funda exclusivamente en la utilidad general.

«La riqueza, social en su origen, debe ser social en su uso.» (A. Comte.)

La propiedad — ó mejor la posesión — puede ser privada, personal, si el interés personal lo permite ó lo exige; mas para que admitamos nosotros esa justificación, es menester que se demuestre ese interés.

En otros términos, mientras hoy la presunción está á favor del individualismo, apenas se admite nuestro punto de partida; justificado éste por la crítica del capitalismo, la presunción está á favor del colectivismo.

Pero ¿se pretenderá creer con esto que nosotros reclamamos inmediatamente, en junto, la apropiación colectiva de todos los medios de producción y de cambio?

Sostenerlo es desconocer la tesis fundamental del socialismo colectivista.

La apropiación colectiva no es socialmente útil sino en aquellos ramos de la industria en que la concentración de los capitales ha hecho que desaparezca la pequeña propiedad fundada en el trabajo.

No son los socialistas los que quieren robar al

comerciante su tienda, al pequeño propietario su finca, al campesino el pedacillo de tierra que escarba con fatigas. Todos ellos son expropiados, privados de sus capitales por los grandes capitalistas; la fábrica mata la manufactura, el gran almacén aplasta al comercio en pequeño, los propietarios de tierras de los Estados Unidos hacen una concurrencia terrible á nuestros campesinos.

Y mientras los vencidos desfallecen y mueren de hambre, los capitales se concentran en manos de los vencedores.

Esta concentración capitalista conduce fatalmente á estas consecuencias:

1.ª La concurrencia degenera en monopolio. Algunos individuos llegan á dominar ramos enteros de la industria, y forman Sindicatos, *trusts*, *cartells*, que con demasiada frecuencia tienen por objeto elevar los precios en perjuicio de los consumidores.

2.ª Las empresas tienen que administrarse burocráticamente. En la gran industria, los capitalistas — salvas raras excepciones — cesan de dirigir por sí mismos las empresas, y se hacen sustituir por empleados y por directores asalariados, que se encuentran en una situación análoga por completo á la de los empleados y funcionarios del Estado.

3.ª Por último, la sociedad tiende á dividirse en dos clases hereditarias, de las cuales una puede gozar de la propiedad sin trabajar, mientras la otra tiene que trabajar sin gozar de la propiedad.

Y al lado de estos proletarios sin propiedad, los individuos de la clase burguesa que han adquirido su propiedad sin trabajo limitan su actividad á matar palomas, á dejarse robar en las casas de juego, á mantener mujeres, ó también, como Lebaudy — el pequeño becerro de oro —, se dedican á organizar espectáculos taurinos.

Contra esta clase de individuos, y no contra la pequeña burguesía trabajadora, luchan los socialistas. Y sus fórmulas resultan aplicables exclusivamente en los ramos de las industrias en que ya se ha verificado la concentración capitalista.

El colectivismo, pues, será integral si por la acción de fuerzas que son completamente independientes de las teorías socialistas la pequeña industria y el pequeño comercio desaparecen por completo.

En el entretanto se da lugar á la propiedad privada al lado de la propiedad colectiva, no sólo para los medios de consumo, los muebles, el patrimonio de la familia, sino también para los pequeños medios de producción.

La pequeña industria y el pequeño comercio constituyen el campo de experiencia de la libre asociación.

Por el contrario, la gran industria debe estar bajo el dominio del colectivismo, y por esto el Partido Obrero reclama y se limita á reclamar la expropiación, por causa de utilidad pública, de las

minas y del subsuelo en general, como de los grandes medios de producción y de transporte.

Observemos además que la ejecución progresiva de este programa no hará sino prolongar las tendencias que ya existen en la sociedad actual. Desde hace algunos años la extensión progresiva del dominio colectivo — ferrocarriles, canales, teléfonos, monopolio del alcohol, del tabaco, de las cerillas, etc. —, constituye de hecho uno de los fenómenos más característicos de la evolución social. Puede decirse que hasta ahora todos los Gobiernos hacen colectivismo sin saberlo.

Aun cuando nuestra intención sea la de exponer, más bien que la de discutir, es imposible pasar en silencio la observación que nos ha hecho el señor Beernaert, hace algunos meses, en un discurso electoral:

«¿Qué son los grandes medios de producción? A partir de qué momento un medio de producción es lo bastante grande para que sea *expropiable*? Esta distinción entre la grande y pequeña propiedad es necesariamente arbitraria.»

La objeción sería atinada — lo reconocemos de buen grado — si la expropiación tuviese que hacerse sin indemnización. Somos los primeros en decir que sería imposible definir este límite, y que la confiscación brutal, revolucionaria, sin conceder indemnización a los individuos, perjudicaría una infinidad de intereses respetables, y, contrariamente a la justicia, causaría los mismos daños a los trabajadores que hubiesen ahorrado y a los *ahorradores* que hubiesen hecho trabajar a los demás.

Por el contrario, la objeción cae por sí sola al momento si se admite el principio de la indemnización a los individuos. Poco les importa entonces ser expropiados, desde el momento en que reciben el valor de lo que abandonan.

— Pero — se dirá — ¿dónde, pues, hallará la colectividad los medios necesarios para hacer la expropiación?

Haciendo pagar por la clase capitalista en su conjunto las indemnizaciones acordadas a los individuos, indemnizando los vivos por medio del capital de los muertos.

Y por esto el Partido Obrero belga ha escrito en su programa:

1.º Supresión de la herencia por testamento cuando no sea en línea directa dentro de los límites que se determinen.

2.º Impuesto progresivo sobre los legados y donaciones *inter vivos* (salvos los casos de donaciones hechas para obras de utilidad pública).

Gracias a este impuesto progresivo, que llegará a ser de día en día más severo y absorberá una parte, cada vez más grande, de las sucesiones y donaciones entre vivos, el Estado dispondrá de suficientes recursos para aumentar progresivamente el dominio colectivo.

Observemos además que, á medida que este do-

minio se extienda, los réditos colectivos irán aumentando y facilitarán, por consecuencia, la reversión de varias industrias.

(Concluirá.)

CROQUIS

Las huellas de una de esas enfermedades que se contraen por la poca alimentación y el continuado y excesivo trabajo se veían marcadas en las facciones de un obrero que, de pie y gorra en mano, escuchaba las siguientes palabras que como contestación evasiva le dirigía el dueño de la fábrica sin mirarle siquiera:

— No puede ser; está usted muy débil todavía; *cuidese* y póngase bueno. Además, he tenido que despedir en esta semana á varios operarios que hacían igual trabajo que usted. Tengo los almacenes llenos de existencias, á las que no encuentro manera de dar salida. — Y, dando una chupada al aromático habano que tenía entre sus dedos, prosiguió al ver que el obrero iba á insistir suplicando: — Socorrerlo, me es imposible; hay muchos en su caso, y para favorecerles necesitaría una fortuna. Después de todo, yo estoy en idéntica situación que usted, con poca diferencia.

— Está bien — fué lo único que acertó á decir el obrero, entre avergonzado y colérico por aquellas palabras, mezcla de desprecio y de insulto, que con fingida compasión había dejado caer una á una sobre el corazón del desgraciado, como si éste fuera un yunque y martillazos las palabras.

Salió de allí el convaleciente, al que le decían que se *cuidase* y se le negaba lo necesario para hacerlo, convencido una vez más de que al obrero se le considera como una herramienta que se arrincona cuando no sirve ó produce poco.

Arrellenado en amplio y cómodo sillón, y fumando por hacer algo, se quedó el *caritativo* señor, tan satisfecho como si terminase de hacer una buena obra, cuando le hizo salir de su indiferencia una perfumada cartita que le presentó un criado; la abrió y leyó sonriendo:

«Chachito: Ayer vi á la cursi de tu mujer; iba con su hija en carruaje, y éste era arrastrado por un magnífico tronco de caballos; los del mío, que compré hace dos meses, me parecieron inferiores á los de *ella*, y, por tanto, mándame cuatro mil pesetas para reponerlos.

» Tuya — *Trini*. »

Al terminar la lectura, aquel que momentos antes negaba todo género de auxilios á uno de los obreros con cuyo *producto no retribuído* satisfacía sus más caros y vanos caprichos, dirigiéndose al secretario, que, repasando papeles y escribiendo notas, estaba sentado á la misma mesa, le dijo:

— Extienda usted un talón de cuatro mil pese-

tas contra el banquero; es para Trini, que lo hará efectivo. ¡Qué hermosa es y cuánto me quiere!

MANUEL HIJAR GIL.

CUENTECITO

Anteayer hallé comiendo
á mi amigo Cañizares,
que de ser un *tragaldabas*
ha dado pruebas bastantes,
y con motivo fundado
extrañé que cabalgasen
en su nariz unos lentes
de aumentativos cristales.
— ¿Necesita usted auxilio
para ver? — interrogarle
se me ocurrió, y él al punto
me dijo sin inmutarse:
— No, señor; tengo, á Dios gracias,
los sentidos muy cabales;
pero en razón á que trago
con voracidad de fraile,
y como no son tan pingües
mis intereses que basten
á dar recreo á mi estómago
con opulentos manjares,
sirviéndome de los lentes
con que miro en este instante...
¡las raciones más pequeñas
siempre me parecen grandes!

A. O.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La Tracción Ferroviaria Ilustrada, órgano oficial del Sindicato General de los Ferrocarriles de España.

Se ha publicado el número 87 de esta Revista, cuyo sumario es el siguiente:

Sección profesional: Orientaos. — Compañeros, asociadse, por L. R. P.

Sección jurídico-contenciosa. — Paso á nivel de las vías férreas.

Sección técnica. — Resolución de los problemas anunciados en el número anterior, y otros asuntos en su interesante sección *Pájaro negro*.

ENTRETENIMIENTOS

CHARADA

— *Prima repetida*
es *segunda-tres*,
y es su amigo *todo*
dos-tercia también.
— ¿A su sólo esfuerzo
lo deben?

— ¡Rediez!
¡Vaya unas preguntas
que me *gasta* usted!

(La solución en el número próximo.)

SOLUCIÓN

Á LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR

Camisa.

CORRESPONDENCIA

- P. L. — Burgos. — Recibidas 4,56 pesetas.
M. A. — Oviedo. — Id. 8. Se envía el ejemplar que pide.
A. H. — Almería. — Se le envían los 10 ejemplares.
M. V. — Vélez-Málaga. — Recibida 1 peseta.
V. B. — Castellón. — Se le envían desde el número anterior los 10 ejemplares que pide.
J. F. — Vilasar. — Recibidas 7 pesetas. Se sirve la nueva suscripción.
S. P. — Valencia. — Recibidas 9,20 pesetas.
J. P. C. — Zaragoza. — Aprovecharé algo. ¡Pero más interés en los asuntos!
R. C. — Valladolid. — Recibidas 9,60 pesetas. Van los números atrasados que pide.

Imp. de F. Cao y D. de Val, á cargo de J. Antonio Herrero,
Platería de Martínez, 1.

LA ILUSTRACION POPULAR

REVISTA DECENAL

Se publica los días 10. 20 y último de cada mes.

SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE (PAGO ADELANTADO.) — Península, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; otros países, 1,75.

VENTA. — Paquete de 25 números, 2 pesetas; fracciones de 20 y 10, 1,60 y 0,80 respectivamente; número suelto, 10 céntimos.

Los corresponsales harán mensualmente sus liquidaciones.

Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro.

Las suscripciones se reciben: en Madrid en la imprenta de este periódico, Platería de Martínez, 1, bajo, y en provincias en casa de los corresponsales, ó dirigiéndose directamente al administrador.

La correspondencia, tanto administrativa como de Redacción, será dirigida á nombre de Alvaro Ortiz, **SOMBRERETE, II duplicado, 2.º.**